



Por DENIA FLEITAS ROSALES  
ained25@gmail.com

FEBRERO, el mes del amor, transcurre veloz. Como si fuera poca su corta extensión, parece querer concluir de súbito su paso. Tan esperada y añorada la carga amorosa que trae en su primera mitad. Tan efímero el tiempo que dedicamos a deleitarnos en las bondades del querer, como si quedara circunscrito sólo al dulce y apresurado febrero.

Le parece exagerado, pero no lo es. Muchos reducen a sus días, incluso solo al 14, las muestras de ese sentimiento grandilocuente resumido en cuatro letras. ¿Acaso todos no son días para amar? La respuesta es tan obvia como la necesidad de todo ser vivo de recibir señales de cuánto representa en la vida de quienes le rodean, de sentir el valor que le otorgamos cuando con un mínimo gesto manifestamos amor.

Sí, no hacen falta opulentos regalos, cuando en detalles tan simples como un apasionado beso o un "te quiero" se dice lo sublime; cuando en actos desprovistos de palabras

sacamos las perlas del alma y las entregamos para que luzcan su hermosura en quienes más precisan de ellas.

El abrazo inesperado, la sonrisa que anima, el perdón que restaura, la frase que alienta, la mano que levanta, la dádiva que impulsa, son muestras verosímiles de ese don de entregar sin condición, de hacer el bien sin miramientos, con el único fin de sabernos fuente de alegrías y propiciadores del cariño.

Ese que nunca deja de ser, debe cimentar todo lo que hacemos. Como la señora humilde que esparcía semillas por la ventanilla del ómnibus, para que al florecer inundaran de colores el paisaje. Ella no las vería, pero le inspiró la certeza de la felicidad de los niños y demás pasajeros al disfrutarlas.

Así, sin esperar nada a cambio, debe expresarse a cada instante el amor. Como lo hacen quienes, atentos al dolor de niños hospitalizados y sus familias, recaudan fondos y recursos para entregarlos a las instituciones sanitarias con la

meta de servir; quienes, por ejemplo, diseminan la generosidad con el proyecto De amor y esperanza, a pacientes de larga estadía en los servicios de Oncohematología, Terapia Intensiva y fibrosis quística, del Hospital Pediátrico Hermanos Cordové, de Manzanillo.

Por y con amor se hace el bien: cuando el maestro llega a la clase, a pesar del cansancio, y con entusiasmo aviva el conocimiento en sus alumnos; cuando el médico atiende al paciente con sensibilidad y devoción, aunque falte en su mesa el papel para la receta o en la farmacia el medicamento; cuando la abuela tibia la leche en el carbón para su nieto; cuando el cachorro se tiende a los pies y recibe una caricia.

Necesitamos ver a cada instante una ocasión para amar, una oportunidad irrepetible para repartir ternura. En tiempos tan difíciles como los que vivimos, precisamos que prevalezcan los mimos sobre las rencillas, la delicadeza sobre la afrenta, la estima sobre el odio. Desterrar la maldad y cubrir con

amor las faltas se vuelve imperativo.

Sumergirnos más en besos, en obsequios de compasión, en fuentes de bondad. Mirar a otros, puestos en sus zapatos, sentir como propio el pesar ajeno y aportar solución, permitirá que abramos más los brazos y nos despojemos de egoísmos, envidias, altanerías.

Todo lo que necesitamos es amor. Expresémoslo con hechos para que no se enfríen los sueños y se aviven los matices del arcoiris en nuestro cielo.

Aprovechemos a febrero, su encanto apasionado, su efervescencia para enamorados. Pero no restringamos a su día 14 el acto de amar; ni dejemos ir con él esos detalles que sanan como la fragancia de una flor, el dulzor de un caramelo, la calidez de una mano, la simpatía de un saludo, la disculpa sin límites, la ayuda sincera.

Refugiémonos en el Amor: sin él nada somos. Como el corto febrero, apresurémonos, amemos.



Por OSVIEL CASTRO MEDEL  
ocastromedel@gmail.com

TRAÍA, colgado al cuello, un cartón. Le tapaba el abdomen, al estilo de los petos antiguos usados por los árbitros de béisbol.

Iba con una cesta en la mano derecha, una cesta con billetes, que justificaba el texto escrito en el cartón enorme: "Te pido, por favor, que me ayudes. Dame lo que puedas y que Dios te bendiga".

Casi todos, cerca de la tienda bayamesa Las Novedades, lo miraban mientras surcaba cada calle. Unos echaban más dinero a la canasta, casi llena; otros movían la cabeza con un "no" y alguno le gritaba desde la distancia: "¡Ponte a trabajar!".

Una persona se le acercó y él le extendió la mano. Pero el curioso

no le dio un peso, solo le preguntó la edad. El joven no articuló palabra alguna. Levantó dos dedos, luego cuatro. Es decir, tenía 24 años.

"¿Y no hablas? ¿Qué tienes? ¿Y tu familia?", volvió a indagar en ráfagas. Entonces el menesteroso dio la vuelta y se marchó rápido.

Ese día miré cada gesto con una mezcla de incredulidad y amargura, de duda y tristeza. No sabía si estaba presenciando el ardid de un pillo de estos tiempos o el desespero de un necesitado.

Trátese de una variante u otra, punza el corazón ver episodios como estos, antes muy raros, hoy no.

Días atrás otro imberbe pedía públicamente ayuda monetaria para "comprar unas medicinas" y un tercero, joven también, rogaba por di-

nero con el afán de "completar para una merienda".

Pensando en ellos y en otros con historias similares, concluyo que resultaría imperdonable encogerse de hombros ante estos hechos o creer que los llamados "casos aislados" no han ido creciendo en nuestra sociedad.

Siempre hubo personas en las aceras, generalmente desvalidas, suplicando limosnas y favores, pesetas a sus santos o monedas para subsistir. Pero ahora mismo, en nuestra novela real, una presencia con mayor frecuencia escenas que dibujan la mano extendida, los ojos a la espera, la limosna física y espiritual.

Y tiene la sensación de que, por una causa u otra, también hay más seres humanos de corta edad dedi-

cándose a pedir a la vista pública, como si fuera un trabajo por cuenta propia de la modernidad, un oficio más.

Las crisis suelen disparar las privaciones y carencias, claro. Lo triste sería que los agobios materiales nos lleven a olvidar el trabajo social, la unidad de los llamados factores, el tratamiento multisectorial de nuestros problemas.

A todos nos debería doler aquel cartel del joven de 24 años, quien, por cierto, días después estaba a las puertas del mercado agropecuario del reparto Jesús Menéndez, con un cartón más pequeño, un texto más corto y una cesta mucho más grande para recaudar dinero, sin Dios y sin las vírgenes.

## El dolor en un cartel

## Ayudemos a impulsar la bancarización



Por LUIS MORALES BLANCO  
moralesjoster@gmail.com

¿A quién no ha golpeado la falta de dinero contante y sonante cuando pensó en conseguir algo y el papel moneda brilla por su ausencia o, aparece en cantidad mínima y se queda con las ganas?

No es fortuito. Al escasear el efectivo de la manera como ocurre en la actualidad, potenciales compradores ven frustradas sus aspiraciones de adquirir determinado producto.

Algunos comerciantes no desean o no "pueden" usar las pasarelas de pago. ¿Es una práctica caprichosa o verdaderas razones asisten a quienes así obran?

Si nos acercamos al tema como se debe, sin superficialidades, comprobaremos la conveniencia del fragmento de una vieja frase acuñada por el poeta español "Ramón

de Campoamor: «... / nada hay verdad ni mentira: / todo es según el color / del cristal con que se mira»

Cuando el cliente o usuario llega, lo mismo a un puesto estatal u operado por cuentapropistas, muchas veces alegan que "hicieron tantas operaciones que ya no pueden más", pero también puede pasar y, de hecho, existen casos, en que no les cuadra detallar las ventas, pues eso pudiera descubrir alteraciones de precios.

Por supuesto, a quien así opera, no le conviene dejar esas trazas en su información, porque estaría inflando la cifra ¡pecado! Ya la cosa adquiere categoría delictiva.

¿Habrá gato encerrado? ¿Se quiere evadir un porcentaje de las contribuciones? Lo más saludable para todos es no dejar margen a la duda.

Hay, inclusive, entidades estatales que utilizan las plataformas Transfermóvil, pero no EnZona y eso limita la cantidad de potenciales compradores que pudieran adquirir el bien o servicio.

Encomiable: en ferias agropecuarias, como las realizadas en el complejo Vegas del Río Bayamo, la mayoría de los productores-vendedores aceptan el pago por transferencia y esperan, de modo paciente, el abono por esa vía; en la ciudad, ya muchos puntos del agro lo hacen y evitan portar la alta cantidad de efectivo que implica mercar viandas, hortalizas y granos.

Hay también, a veces, ciertos proveedores, que demoran el servicio hasta desesperar a los compradores y, prácticamente, los obligan a sacar el poco efectivo conseguido, y así, frustran una operación que pudo ser ventajosa para ambos.

La peor parte la llevan los poseedores de teléfonos que no admiten pasarelas como las ya citadas, tal es el caso de los iPhones, lo cual es no comprendido y manejado adecuadamente por todos los vendedores, alegando la imposibilidad de la operación de esa manera y dejando al cliente sin lo que necesita.

Otras entidades han sido vanguardias en el avance hacia estas nuevas formas de pago instauradas en el país, como establecimientos del Ministerio de Turismo, hay actividades en las que no permite el pago en efectivo y exige que puede efectuarse, solamente, por canales electrónicos y así lo anuncian en sus medios de publicidad.

Ayudemos al avance. Si la mayoría no usamos las pasarelas, la bancarización puede sentarse a esperar.